

Durante la primavera de 1940 en el bosque de Katyn, cerca de la ciudad rusa de Smolensk, fueron asesinados unos 26.000 prisioneros polacos por los soviéticos. Pensaba tomar este caso de genocidio para hacer el trabajo en torno a él, pero informándome sobre el tema me he encontrado con una sorpresa: una mujer admirable que yo no conocía. Hace pocos días, cuando se les iba a rendir homenaje a los asesinados el avión que transportaba a las autoridades y personalidades polacas, tuvo un accidente y murieron todos. Sobre una de las fallecidas y lo que hizo, irán estas líneas.

Empecemos con los hechos, que bien pudieron haber sido parte de una noticia en cualquier periódico occidental de la época:

Con esta base veamos el asunto en un modelo de poder fácilmente identificable con el elitismo puro: el comunismo, con los cuadros dirigentes del partido conformando las élites. Empecemos encontrándole acomodo en la agenda política. El *Politburó* trataría este tema, teniendo en cuenta la relevancia pública del despido y la huelga subsiguiente. Tendrían todos los datos necesarios, proporcionados por la policía secreta (SB), podrían entender tanto las causas últimas del conflicto como las responsabilidades de la trabajadora y de la dirección de los astilleros. Así habrían dado el primer paso para la construcción de un problema político, cosa que evidentemente era.

Después vendría, ineludiblemente, la búsqueda de soluciones. Los expertos del partido, tras un periodo de cierta confusión que termino con la carrera del presidente Gierek, y su indeciso sucesor, recomendaron la represión que gestionó brutalmente Jaruzelski a partir del 81. Los apoyos políticos se daban por descontados, el gobierno y el partido único nunca se atrevían a contravenir las decisiones del *Politburó*. No existía ninguna clase de influencia parecida salvo las recomendaciones de Moscú respaldadas por el recuerdo de los avisos de Hungría y Checoslovaquia, enviados con tanques por el Ejército Rojo. Por la propia naturaleza del sistema, y por sus sostenedores soviéticos, lo que en realidad era un problema laboral, sobre condiciones de trabajo, fue afrontado como una rebelión frente al Estado.

Cuando llegamos al punto donde el problema, y las soluciones posibles, necesitan portavoces en los que encarnarse es cuando todo el peso de la organización del estado, su elitismo puro que centralizaba todo el poder en las manos de un reducido número de dirigentes del Partido Obrero Unificado Polaco, actúa con mayor claridad. No hay elecciones, al menos cosa digna de tal nombre, donde el respaldo de los obreros en huelga sirva de nada. Tampoco existen fuerzas parlamentarias distintas al partido único,

la Administración, en todos sus niveles, es mera correa de transmisión de las decisiones de esos pocos privilegiados. El puro concepto de grupos de interés es desconocido tal y como lo entendemos en sociedades democráticas, y ahí solo podría aplicarse a las coincidencias tácticas o estratégicas entre miembros de la élite.

Imaginemos en el diario del régimen, *Trybuna Ludu*, en una reunión del director con sus redactores, para tratar del caso de esta señora. Resulta descabellado pensar que iban a tratar la noticia sin consultar antes al funcionario de turno, esto siempre que el responsable del periódico sea un profesional y no un verdadero comisario político. En cualquier caso su primera reacción va a ser la de evitar mojarse en el farragoso asunto y por tanto silenciarlo. Para cuando las dimensiones del problema, o la consigna de las élites, hagan necesario el tratarlo se emplearía la marginación. Ahí se recordaría el carácter conflictivo de la Sra. Walentynowicz, una antigua acusación de robo de unas velas, y hasta dudas sobre su estado mental. En este caso se incidiría en el descrédito de la protagonista y del movimiento huelguista a ella asociado.

Así, cuando este tema alcanzase la categoría de problema mediático, su marco de referencia estaría construido en función de los intereses de la clase dirigente. Ellos lo introducirían, con los medios que controlan (todos), gracias a las declaraciones que harán los miembros de la nomenclatura y no se les recogerán a los huelguistas. La cobertura estará sesgada desde el momento en el que las únicas fuentes serían las oficiales o quienes estas considerasen afines. El caso constituiría, únicamente, una algarada de un puñado de contrarrevolucionarios, a causa de su ideario fascista. Los responsables serían buscados en la sempiterna injerencia imperialista, que extravía a la buena gente como la antaño condecorada soldadora, hasta convertirla en la operadora de grúa que persigue el fin del socialismo real. Todo lo cual haría incontestable la calificación de enemigos del pueblo que inevitablemente se les aplicaría a todos los que participasen o apoyasen el movimiento huelguista de aquel verano.

Con tal panorama no puede extrañar que los mecanismos de control sean aquellos en los que los verdaderamente poderosos, las élites, excluyan a todos los demás de la toma de decisiones políticas, no permitiendo que se hagan cosas en los terrenos en los que se ven forzados a actuar y coartando la actuación de cualesquiera otros participantes. En este caso particular, el comienzo del derrumbe de un sistema político y su notoria debilidad, fuerza una serie de concesiones con las que los huelguistas conseguirán una cierta mejora de sus condiciones, además de una base para la futura liquidación del régimen. Sin embargo no debemos olvidar, que su intención era la de llevar hasta el fin el modelo del elitismo puro no dejando hacer y reprimiendo a la disidencia.

Ahora es el turno de presentar el suceso desde un modelo de poder donde prime el pluralismo, en contraposición al que hemos desentrañado en la primera parte de este trabajo. Si para encontrar el elitismo puro nos bastaba el microcosmos polaco, para introducir el pluralismo deberíamos abrir el foco e introducir nuevos elementos que lo posibiliten, considerando un entorno más amplio que incluiría a actores y testigos del asunto externos a Polonia. Esto le daría una perspectiva global, contemplando la

cuestión a una escala internacional donde también importan, a efectos de agenda política, otros países, y donde la agenda informativa se abre a las aportaciones de corresponsales extranjeros o espectadores privilegiados.

Consideremos primero la vertiente política del asunto y veamos como el problema social unidimensional que nos planteaba el *establishment* polaco se enriquece. Por supuesto que aquí tienen cabida aquellos elementos que consideraba el *Politburó* en Varsovia, aunque no será igual la manera de verlos, las interpretaciones que se hacen de ellos y los hechos que se consideran importantes. Empezando por la mujer que creó el conflicto, la *Sra. Annie*, añadimos una nueva faceta gracias a personas como el historiador británico Timothy Garton Ash que estuvo allí ese verano, o el papa Juan Pablo II, muy pendiente de todo lo que sucedía en su país natal.

Así también tendremos en cuenta a la hora de plantear el tema, las circunstancias vitales de la protagonista (niña huérfana, superviviente de la ocupación alemana de Polonia, viuda en la fecha en que se dan los acontecimientos, desengañada del sistema por cosas que había vivido en su trabajo y decidida activista en la lucha clandestina por los derechos de los trabajadores). Cuando esto sucede podemos valorar, en su justa medida, que su actividad contrarrevolucionaria consistía en reclamar mejores condiciones para los obreros, que las velas que le acusaron de robar eran para rendir homenaje a unos obreros muertos cuando protestaban para poder comer en 1970. También podemos preguntarnos sobre la torpeza de la dirección de la empresa para convertir en un problema insoluble algo que se habría resuelto solo cinco meses más tarde.

A esta nueva luz, en la agenda política pueden proponerse soluciones desde ámbitos distintos, dentro del bloque soviético fueron consideradas muy cuidadosamente las opiniones de los camaradas moscovitas, pero también tuvo su importancia la iglesia polaca y el papa que ésta tenía detrás, así como la comunidad internacional en su conjunto que estuvo muy atenta al conflicto. Incluso con el paso del tiempo, los diez millones de afiliados que llegó a tener el sindicato *Solidaridad* se convirtieron en otro factor políticamente importantísimo. En la búsqueda de portavoces el problema tuvo a dos personalidades extraordinarias: Lech Walesa un electricista al que su liderazgo sindical llevó al Premio Nobel de la Paz y posteriormente a la presidencia de su país, y también Karol Wojtyła, uno de los pontífices más importantes de la historia. Esos dos hombres, y quienes los seguían, constituían una mayoría de la población de Polonia, así pudieron hacer caer dos gobiernos y forzaron a un tercero a entender que la represión era inútil, favoreciendo la consideración de las peticiones de los huelguistas y mejoras tangibles en la situación de los obreros.

Desde el punto de vista de la agenda informativa quienes calificábamos un poco más arriba de portavoces, se convierten aquí en promotores informativos. Aunque si bien en el plano político fue Walesa el que abrió camino en cuanto a la acción pública, en el caso de la agenda mediática es indudable que el infatigable papa fue quien ayudo en mayor medida a que los focos se centrasen en Polonia y, por tanto, en el líder de

*Solidaridad.* El interés que generaba Wojtyla, propició la cobertura del asunto y el protagonismo de fuentes polacas no oficiales.

Una vez que se introdujo el tema, también por parte de actores ajenos al gobierno polaco, éste dejó de ser considerado de manera unívoca y se abrió a una definición más amplia: dejando de ser una mera actividad contrarrevolucionaria de fascistas y enemigos del pueblo, para incluir también visos de conflicto laboral, de legítimas aspiraciones obreras e incluso de injusticias sociales. Llegados a las causas, quien estudiase el problema podía escuchar a quienes desde el socialismo hablaban de distorsiones del modelo, a quienes desde púlpitos predicaban *un olvido de Dios* como fuente de peligros o al mismísimo Reagan que en su campaña se regodeó con los insolubles aprietos del comunismo. Asimismo se pudo incluir como responsable al ineficiente sistema y posibilitó el que, incluso entre la izquierda democrática, la valoración del sindicato Solidaridad llevase a Lech Walesa al Nobel. Todo ello permitió que la aspiración a la libertad se considerase central en la resolución de los problemas del bloque comunista, cosa que acabó provocando la caída del socialismo real.

El resultado final del modelo pluralista, considerando la realidad internacional como un todo, impidió que el poder polaco se manifestase solo mediante la exclusión elitista, y la movilización de los recursos (en una negociación) de todos los actores (polacos sobre todo, pero también extranjeros) acabó siendo la manera de controlar el problema. Sin embargo la innovación política que representaban las concesiones hechas a los huelguistas, además la cobertura internacional de ese desafío triunfante vació al régimen de su capacidad coercitiva en gran medida y posibilitó que los futuros cuestionamientos del modelo encontrasen menor resistencia hasta su completo final. Todo ello cortesía de una mujer buena que se consideró engañada y luchó por sus derechos.